

EL FUTURO DE LA VIDA RELIGIOSA Y EL DIOS DE JESÚS

Que la vida religiosa ha ejercido y ejerce en la Iglesia una función insustituible no hay nadie -mucho menos ningún teólogo- que pueda dudarlo. Lo cual no obsta -y el Vaticano II nos lo dijo claramente- para que se promueva una renovación que la ponga más en consonancia con sus bases evangélicas y con los objetivos concretos que los fundadores de las distintas familias religiosas pretendieron en su tiempo. Se trata de mantener vivas las raíces evangélicas, de podar las ramas secas o sobrantes y de permitir así que una savia regeneradora eche nuevos brotes. Pese a que el autor del presente artículo mira la vida religiosa desde fuera, sus reflexiones ayudarán a pensar y actuar a los que, desde dentro, están llamados a renovarla. Este artículo supone otro anterior: Mirada teológica sobre la vida religiosa, desde una «distancia empática» (Confer 38 (1999) 95-124). En él el autor trata de evitar todo exclusivismo o privilegio, insistiendo en "polaridades" unidas y solidarias: la vida religiosa se situaría en el polo de dedicación preferente al "Dios del mundo", junto a los seglares que se dedican al "mundo de Dios".

El futuro de la vida religiosa y el Dios de Jesús, Confer 38 (1999) 377-398.

I. EL FUTURO DE LA VIDA RELIGIOSA

Estas reflexiones en torno al futuro de la vida religiosa, enormemente abierto y cargado de riesgos y promesas, aspiran a ofrecer una visión empática desde una exterioridad fraterna y una responsabilidad compartida.

1. Reconfiguración desde las raíces: identidad y misión

El repensamiento y la revisión de la vida religiosa ha de hacerse en honda y respetuosa continuidad con sus raíces y, precisamente por ello, ha de ser capaz de llegar hasta ellas sin sentirla atada a ninguna forma histórica concreta,

para evitar el peligro de convertir en inmutable lo que no es más que histórico y condicionado.

Así, el proceso de repensamiento de la vida religiosa, viene marcado por dos vertientes aludidas en el título de este apartado: identidad y misión. Por un lado es claro que la identidad de la vida religiosa ya no puede ubicarse en la *fuga mundi* (huída del mundo), que percibe al mundo como una amenaza para la vida de fe. La vida religiosa más bien adquiere sentido insertándose en un mundo que es manifestación de la acción creadora de Dios, para prolongar y encarnar